

Recordar, compartir, aprender

## Santander

Blas López, 94 años

Eduardo García, 19 años

### LA MISIÓN DEL “PADRE” BLAS

Blas López nació en un pequeño pueblo de Cuenca en 1916. Casi desde su nacimiento y hasta los 20 años, trabajó en la compañía de teatro de su familia, con la que recorrió toda España. Tras el estallido de la guerra civil, luchó con el bando republicano y terminó en un campo de concentración en Francia, del que escapó milagrosamente. A su regreso a España, la compañía y el teatro en general ya no eran como entonces. Blas decide marcharse a Santander, donde se ve solo, sin trabajo y sin nada ni nadie a quien recurrir: toca fondo. Afortunadamente, un día, una persona, que llegará con el tiempo a convertirse en uno de sus mejores amigos, le consigue su primer trabajo en Santander, y gracias a ese pequeño empujón hacia arriba su vida ya no será la misma.

Desde pequeño, cuando trabajaba en la compañía de teatro, con la que él y su familia disfrutaban de una posición económica desahogada, Blas se había sensibilizado con el tema de la pobreza, ya que la había podido observar muy de cerca en las gentes de su pueblo. Muchas veces incluso había regalado sus propios juguetes a otros niños del pueblo. De alguna manera, él ya sentía que tenía que ayudar a los demás. Es por eso que, una vez consolidada su situación en Santander y tras hablar con el párroco de una conocida iglesia de Santander, consiguió abrir un espacio dentro de la parroquia con el fin de ayudar a los más necesitados. Un lugar donde proporcionarles ropa, alimentos, buscarles un lugar donde dormir o simplemente darles consejo. Al principio, Blas solicita la ayuda de sus amigos más cercanos, iniciando una cadena solidaria que conseguirá miles de donaciones anuales en forma de prendas de ropa, alimentos, juguetes, etc. Blas realizará esta labor desinteresada, compaginándola con su trabajo en una empresa local, durante más de 30 años y al frente de esta labor en la parroquia ha vivido en primera persona casos verdaderamente extremos.

Blas evoca la historia de una anciana muy enferma que vivía sola con su hijo discapacitado. La suciedad en la casa era espantosa y la mujer lo único que se llevaba a la boca era el té que le preparaba su hijo. Los médicos le dijeron que no sobreviviría más de unos días y entonces él decidió pasar a la acción: la dio de comer un caldo mañana, tarde y noche durante unos días. Gracias a sus cuidados, la anciana vivió tres años más.

Otro caso inolvidable es el de una niña pequeña a la que Blas veía todos los días deambulando por su barrio siempre a la hora que comían los obreros, que le daban los restos de su almuerzo. Un día, Blas decidió conocer a sus padres y descubrió que la niña formaba parte de una humilde familia numerosa. La niña no iba al colegio y la madre aseguraba que no podía ocuparse de ella. Gracias a la mediación de Blas, la niña pudo finalmente ir a la escuela. Muchos años después, Blas se enteró de que la niña llegó a ser profesora.

El caso que Blas recuerda con más cariño es el de un joven, hijo de madre soltera, que había sido internado desde muy pequeño. A los 18 años, el chico salió del internado casi analfabeto y se dedicó a la delincuencia, terminando, irreversiblemente, en la cárcel. Por entonces, Blas solía acudir al penal para hablar con los presos y ayudarles en su posterior reinserción social, a pesar de las advertencias del párroco: “Si no sabes de religión, no conseguirás convencerlos de nada”. Blas ayudó al joven a salir de la cárcel y trató de convencerle para que trabajase: “No sé hacer nada”, le dijo el muchacho. “Algo podrás hacer”, contestó Blas. Al igual que otra persona había hecho con él hacía ya mucho tiempo, Blas le consiguió su primer trabajo; El segundo también, pero el tercero lo hizo el joven por sí mismo. En la actualidad, ese joven que en su momento no tuvo más salida que la delincuencia ocupa un importante puesto en un ayuntamiento de la región. Es un hombre respetado e incluso admirado. Blas está orgulloso de él.

Recordar, compartir, aprender

El “padre” Blas, como era denominado cariñosamente por los gitanos (uno de los colectivos a los que Blas más ha ayudado, que incluso le han agradecido su ayuda haciéndole padrino de algunos de ellos) relata una última historia, un ejemplo más de una vida altruista y entregada a los demás.

Blas recuerda cómo en otra ocasión acudió a visitar a una señora impedida, que a pesar de su alta posición social (había estado casada con un importante hombre de negocios italiano), apenas recibía los ocasionales cuidados de su hermano sacerdote, con quien mantenía una relación hostil. El resto de la poca familia que le quedaba, incluidas dos sobrinas muy conocidas en Santander, no quería saber nada de ella. La visita se repetiría todos los días durante los 18 años siguientes, a excepción de los diez o doce días al año que Blas regresaba a su pueblo natal en Cuenca para hacer lo mismo que en Santander: ayudar a los demás. Blas ayudó durante todo este tiempo a esta mujer a levantarse, acostarse, la dio de comer... Finalmente, en agradecimiento a su gran ayuda, la señora decidió dejarle todos sus bienes pero a pesar de la insistencia del hermano de la señora e incluso del párroco de su iglesia, Blas lo rechazó una y otra vez. La cantidad de dinero era tan grande que hasta alguno de sus seres más queridos dejaron de hablarle por esto. Pero Blas no quería el dinero, él no hacía esto por dinero, él sólo sentía que tenía que ayudar a los demás. Esa era su misión en la vida.

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Para Blas, por encima del dinero está el amor al prójimo. “Si no hay amor no hay nada, pero amor de verdad, sin buscar el interés de cada uno”. Se declara creyente, pero advierte: “Está muy bien rezar, pero hay que hacer obras”.

Por su despacho en la parroquia han pasado mendigos, gitanos, delincuentes, alcohólicos, prostitutas... y Blas siempre les ha ofrecido a todas estas personas su ayuda y su consejo: “Cuando vemos a una persona caída, tenemos que ayudarla para que se levante, porque si la pisamos, se va a hundir. Por mala que sea una persona, tiene su parte buena, y esa parte buena es la que tenemos que buscar, porque si es mala y no le damos una oportunidad después va a ser peor. Malo puede ser cualquiera”.

Detrás de esos excluidos hay toda una historia de marginalidad o de desamor. Sólo necesitan un empujón hacia arriba como le ocurrió a Blas.

Él sintió que su misión en la vida era ayudar a los demás y cada mañana el “padre” Blas, a sus 94 años, sigue saliendo a la calle con esa idea.